



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13733

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 150 ptas. — Tres meses, 450 id. — EXTRANJERO: Tres meses, 10 id. — La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes. — La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

MIERCOLES 4 DE SEPTIEMBRE DE 1907

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. — OTRAS PENSIONES EN PARÍS: Mr. A. Leclerc, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jouss, 31, Faubourg-Montmartre.

EL ARBOL

II

Según el Génesis, Dios mismo indicó la importancia que daba á los árboles sobre todos los demás seres de la creación, al conceder á uno el terrible privilegio de enseñar al hombre la ciencia del bien y del mal, y á otro el de prolongarle la vida, aun después del pecado. Dios expulsó del Paraíso á nuestros primeros padres para que no estudieran la sentencia de muerte, comiendo del fruto del árbol de la vida.

La humanidad, ya sea por respeto á estas antiguas tradiciones donde no fueran conocidos los libros de Moisés, ya por la solemne y majestuosa hermosura de los bosques, ha consagrado siempre á los árboles una especie de culto religioso, sea convirtiéndolos en morada de la divinidad, sea asociándolos á los dioses como representación de algunas de sus cualidades preeminentes.

Nadie ignora lo que era entre los Druidas el bosque: era un lugar sagrado y litúrgico, era el verdadero templo donde se rendía culto á Dios, y allí en las noches de plenilunio las selvas druidicas escuchaban con silencio augusto las plegarias de los sacerdotes que ofrecían el sacrificio á los dioses inmortales, ó tal vez al único Sér superior en cuya mano estaba el destino de los hombres y de los mundos.

Entre los paganos clásicos, los primeros templos fueron los bosques, y mucho antes que el arte griego hubiera dedicado sus elegantes construcciones á sus divinidades, les había dedicado un árbol: á Júpiter la encina; á Apolo el laurel, á Minerva el olivo, á Venus el mirto, á Cibeles el pino, á Hércules el álamo, y los pueblos más afectos á sus tradiciones y á su independencia han considerado el árbol como una especie de altar simbólico, donde ofrecían el testimonio de su amor á la patria y á sus instituciones democráticas. Eso significa todavía el árbol de Guernica, alrededor del cual se congregan los vizcaínos para celebrar sus asambleas, y eso es el resno á cuya sombra se reúne el Ayuntamiento en muchos pueblos de la Cantabria y se regocijan con las alegres y pastoriles discordancias de la gaita y el tamboril los hijos de aquellos valles en los días de fiesta, de mercado, de feria ó de romería.

La fe, la poesía y la tradición conspiraban de consuno á mirar los árboles con gran respeto; pero además su utilidad les daba derecho al amor y á la gratitud del hombre. Sus frutos son tan exquisitos y tan completa su aplicación á las necesidades de la vida, que en algunos parajes con sólo ellos bastaría para satisfacerlas todas. Existe el árbol del pan, llamado así porque, en efecto, su producto tiene el sabor de la harina amasada y casi sus cualidades nutritivas. Llámase el árbol de la leche y de la manzana. El árbol del cocotero apaga la sed cuando el caminante no encuentra un manantial donde posar sus labios enardecidos. La nuez de la palma devuelve las fuerzas al organismo y aplaca la fatiga.

En los países cálidos, y aun en los nuestros templados, durante los largos y caliginosos días de la canícula, con las frutas solas basta para alimentarse y refrescar la sangre que hierve y las fauces que se secan. El té, el cacao, la canela, la quina, el alcanfor, ¿de dónde proceden sino de los árboles? ¿De dónde las substancias oleaginosas sino del olivo, del nogal, del avellano, del almendro y del castaño? ¿De dónde las resinas sino de las coníferas? ¿De dónde el tanino

para curtir sino de la encina, el abeto, el aliso, el abedul, el álamo, el castaño y otros árboles y arbustos de brote espontáneo? ¿De dónde la goma y el corcho? ¿De dónde muchas materias tintóreas?

Y si miramos en derredor de nosotros, en nuestras casas, en nuestros muebles, en nuestros carruajes, en los vagones que la locomotora arrastra por todos los continentes, en los tranvías que cruzan las ciudades todas del mundo, en los postes telegráficos que sostienen los hilos por donde corre el pensamiento convertido en fluído eléctrico, en los barcos mismos vestidos de hierro, ¿qué hallaremos sino los árboles transformados y labrados por la mano del hombre, y siendo una de las manifestaciones más universales y brillantes de la civilización y de las artes útiles y bellas?

El papel mismo, que con el crecimiento prodigioso de la imprenta constituye uno de los artículos de más consumo en el orbe culto, ¿qué es ya, en su mayor parte, sino una producción indirecta de los árboles, de cuyas cortezas y madera se hace la pasta que las máquinas convierten en esas hojas que transmiten las ideas y anuncian los hechos de un punto á otro del globo, y expresan los sentimientos y consignan los contratos y las voluntades postreras y llenan escritorios y Juzgados y archivos y bibliotecas y Cámaras legislativas y Cancillerías y Correos, y puede decirse que en sus múltiples formas pueblan el mundo entero y lo mueven y agitan como si fuese la fuerza misteriosa que traza á los planetas su camino por la inmensidad del espacio.

Pero el hombre vive dentro de una especie de campana aérea que le presta su oxígeno para respirar, y que con su temperatura, ó le hiela la sangre y con la sangre los frutos de la tierra, ó se los abrasa, y aquí también los árboles desempeñan un papel importantísimo, siendo como los reguladores del clima, como los protectores de las demás plantas, como los centinelas avanzados de la salud pública y de la riqueza y fertilidad del suelo.

VALENTIN GOMEZ.

Para el Sr. Alcalde

El paseo de la Glorieta

No hace muchos años, era costumbre tradicional en nuestra ciudad, llegados los meses de Abril y Mayo y después de terminada la feria, en los días de Septiembre y Octubre, establecer el paseo diario en la hermosa glorieta de San Francisco, entonces convenientemente iluminada y ahora en lamentable obscuridad y abandono.

Diariamente, desde las nueve á las doce de la noche congregábanse en aquel bonito paseo, lo más selecto de la sociedad cartagenera, que formando numerosas tertulias ó discutiendo en animados grupos, pasaban la noche, lo más gratamente posible, aguardando con esas cómodas y deliciosas veladas, la inauguración de la temporada teatral, que como saben nuestros lectores, suele verificarse á últimos del referido mes de Septiembre.

Los jueves y domingos en la noche, la animación en el paseo de la Glorieta, era mucho mayor que de ordinario, pues solían amenizarlo las bandas militares, lo que llevaba una concurrencia extraordinaria que aprovechaba la hermosura del sitio, escuchando á la vez los acordes de las músicas.

Esto se hacía antes, mucho antes que se pusiera de moda el muelle de Alfonso XII y que nuestros alcaldes, arreglaran ese paseo que aun después

de terminada la feria, continúa favorecido por el público, que por allí discurre, envuelto en sombras.

Ahora bien, el verano toca á su fin, y ya el ir al muelle por las noches, supone casi un acto mercedor de la laureada, pues la temperatura ha refrescado bastante y se expone el atrevido que allí vaya á respirar el aire, á cojer cualquier enfermedad, de resultados que pueden ser funestos; pronto se clausurarán los Pabellones y el pueblo de Cartagena, tendrá que refugiarse en los cafés ó resignarse á no salir de casa, aburriéndose soberanamente, hasta que los empresarios teatrales no abran sus respectivos coliseos.

Sin embargo todo esto puede evitarse; ya que el digno gobernador militar de la plaza, Sr. Moncada, envía los domingos en la tarde una banda militar al muelle; mercedor con ello la gratitud de los cartageneros; ¿no podría V. S. señor Alcalde, ordenar el arreglo de la Glorieta, aumentar su alumbrado, hoy tan deficiente, y disponer que la banda de música municipal, asistiera á dicho paseo, los jueves y domingos — ó los domingos solamente — de nueve á once de la noche?

Con ello se conquistaría V. S. el eterno agradecimiento de numerosas familias, á las que la falta de públicas distracciones, obliga á recluirse en sus casas, verdaderos focos de toda clase de enfermedades.

NOTAS ALEGRES

ACTUALIDADES

No hay que dudar por un momento que hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad.

Antiguamente antes de conocerse lo útil y provechoso que es el uso de los tirantes, para evitar las rodilleras en los pantalones blancos, se curaban los catarros, pongo por caso, con malvasisco caliente y á lo sumo con unos sinapismos.

Hoy estornuda uno cuarenta ó cincuenta veces seguidas cuando inmediatamente los médicos le aconsejan se meta en cama, y cuando el termómetro de bolsillo acusa una fiebre de noventa y seis grados, los sumergen á uno en un baño á siete grados bajo cero que lo dejan más fresco que un panajo de lechugas espigadas.

Si antes se le careaba á cualquier sujeto la muela del juicio, se encargaba de arreglar el molar cualquier talaharero; pero hoy apela los doctores dentarios á la perforación de los barrancos del hueso con yo no sé qué clase de instrumentos y materias alcalinas ó explosivas.

Los adelantos de la ciencia van en vertiginosa carrera, y por esta causa son rapidísimas las transformaciones que experimentamos.

La generación actual resulta un sello móvil al lado de la de nuestros antepasados.

Recuerdo, y esto no hace muchos años que se vendía por las calles la arena para fregar el cobre, la tinta fina para escribir, los chirivitos del moro, las berengenas para el chocolate y las chufas para evitar las sangrías.

De aquel modo especial de vocear las mercancías solo se escuchaba de vez en cuando hoy la de jinjoles para vengar!

¿Cómo nos transformamos!

El modernismo que impera hasta en los vendedores con carretón, ha variado por completo nuestras típicas costumbres.

El mujol que hoy se vocea, ha de ser precisamente de la Encañizada.

Los tomates aunque sean del barrio de la Concepción han de anunciarse como murcianos.

Las brevas no pueden ser más que de la Algameca, y ¡qué sarcasmo! hasta la horchata ha de ser de la Habana.

La corriente de los tiempos todo lo ha adulterado: hasta el chocolate lo venden mezclado con polvo de ladrillo.

Como yo creo que todo esto es fugaz, tengo la completa seguridad que hemos de volver á los primitivos tiempos.

Ya las medias blancas comienzan á cubrir nuevamente las extremidades bajas de nuestras elegantes.

Con los recientes sucesos de Marruecos, las negras están llamadas á desaparecer.

Verán ustedes como el día menos pensado vuelven á aparecer en la vía pública los puestos de cambiar papallas.

Y si no al tiempo.

OTEMA.

Decálogo higiénico

Los periódicos higienistas de Londres no cesan de predicar al público que sigan sus laudables preceptos. Para disminuir en una mitad, dicen, la mortalidad, bastaría con observar el siguiente decálogo higiénico:

1.º Limitar el consumo de la carne, proscribiendo por completo la de puerco.

2.º Sustituir el pan blanco de harina por el de harina de trigo molido con la cáscara. Este precepto ha tenido tal aceptación, que al paso que va el desarrollo de la venta de pan de esta clase, se puede dar por desterrada la costumbre de comer blanco.

3.º Comer de postre mucha fruta madura, lo más recién cogida posible.

4.º No desayunarse con café ni té puro, sino con cacao ó una ligera infusión de té.

5.º Dar á los niños al levantarse una taza de caldo de harina de avena bien cocida mezclada con leche, cocida también pues la leche sin cocer es difícil de digerir y de asimilarse como alimento.

6.º Reducir á lo estrictamente necesario toda bebida alcohólica, y mejor aún, suprimirla por completo si es posible.

7.º Desnudarse por completo al acostarse, quitándose cuantas prendas se han llevado puestas durante el día, volverlas del revés y sacudir las y colgarlas.

8.º Quitarse al levantarse la ropa con que se ha dormido, volviéndola también al revés y colgándola cerca de una ventana abierta.

9.º Lavarse bien todos los días si no es posible bañarse, con agua fría ó templada, frotándose con un cepillo ó esponja y jabón ordinario.

10.º No dejar de abrir todos los días las ventanas del cuarto de dormir.

POR UN DURO SEVILLANO

¿Ustedes se han hecho cargo de los crímenes de que puede ser causa un maldito duro sevillano? ¿Una de esas monedas con que tropieza uno cuando cobra una cantidad cualquiera que llegue ó rebese la suma de pesetas que un duro representa? Pues vean ustedes lo que acaba

LA VIDA MILITAR EN PRUSIA 172

téme en un banco de musgo y cerré los ojos. Sin embargo, estaba tan agitado, que hubiese sido fácil descubrir mi superchería. Cuando conocí el grupo, al hablar de lo no construido recientemente y de sus comodidades; ¡qué estas eran las que me habían seducido!

El señor abrió la puerta y retrocedió un paso exclamando:

—¿Qué significa esto? Levantéme en el momento en que Emilia asomaba á la puerta en curiosa ebebería. ¡Me había reconocido! Lento un grito y retiré vivamente diciendo:

—¿No veis, tío, que es un militar? El teniente Von L. se adelantó entonces, me miró severamente y me dijo:

—¿Por qué estais aquí y qué venis á hacer? Una mirada dirigida á la puerta me tranquilizó.

Emilia iba refiriendo algo á la señora y ésta me miraba con interés. Cobré valor y contesté al teniente.

Por el sendero del bosque he llegado y ponetado aquí por una puerta abierta.

Pero aquel teniente era de los que creen que una oficial forrado en no lo como él, no es de la misma carne que el soldado y continúo preguntándome con rudeza:

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 169

que era imposible traerla por aquel día á ideas sensatas.

A los pocos pasos me detuve para lanzarle otro sonoro «Adios, querido Foodor», dolida atención que me agradeció mucho.

Cuando llegó á un paraje desconocido, mi primera y más agradable ocupación se reconoció el terreno. A cada paso se encuentran cosas que interesan y distraen la enojosa vida de los ejercicios. Iba á saltar el arroyo para espiar en seguida la tapia del parque que deseaba visitar, cuando á mi derecha sonaron algunos tiros en el bosque. Dirigíme hácia aquel lado y llegué á un sitio descubierta donde algunos compañeros habían construido, en el declive de un barranco, un parapeto contra el que disparaban con carabinas y pistolas. Todos estaban alegres, hablaban colgando tabitas que servían de bancos y yo también hice algunos disparos, separándome después para continuar mi paseo. Seguí el arroyo y encontre un puente pintado de verde, que conducía á una puerta del parque que habíam dejado abierta. Debía haberme detenido por discreción, pero era tan tentador aquel puente que le atravesé. ¿Qué arriesgaba en último caso? Que me despidiera unizado jardinería. Nadie podía consumar me haber guateado en una propiedad por una puerta abierta y haber paseado en ella sin con-